EL ALMA EUCARISTICA

P. ANTONINO DE CASTELLAMMARE
O. M. Cap.

EL ALMA EUCARISTICA

QUIEN ES, COMO SE CONOCE, COMO SE FORMA

Traducido del italiano por el
P. MIGUEL M.ª DE CARVAJAL
de la misma Orden de FF. MM. Capuchinos

4.ª edición

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

Con licencia eclesiástica
Depósito Legal B. 24.513-1987
ISBN: 84-7656-048-6
Printed in Spain
Impreso en España
Gráficas Bisani - Mora la Nueva, 11 - Barcelona

Prólogo de la primera edición

A LOS LECTORES

Procurar a Jesús Sacramentado nuevos corazones, o nuevos latidos, o lo uno y lo otro juntamente, he aquí el único fin de este librito.

En ninguna época se ha escrito tanto acerca de la Eucaristía, como de medio siglo a esta parte. Y en nuestros tiempos, excelentes maestros, ya implícitamente, escribiendo la vida de Jesús, ya explícitamente, en tratados especiales, han desenvuelto magníficamente tan dulce y hermoso tema; y lo han hecho de manera tan perfecta, que creo no habrá ninguno que pueda superarles.

No es, pues, obra de Teología, o de cultura eucarística, la mía; todo lo contrario. Las águilas son raras y es muy difícil seguirlas; fácil es, en cambio, el oficio de la abeja, y facilísimo el imitarla. Ahora bien, al escribir mi libro, he obrado como esta última, es decir, he ido libando de los libros, como de flor en flor después, en otros tantos capítulos, he fabricado como celdillas de cera, y en ellas he depositado la miel eucarística; de suerte que, verdaderamente mío, en el libro que os presento, no hallaréis otra cosa que un poco de corazón, y nada más. En sus páginas las almas eucarísticas no hallarán miel nueva, sino miel acá y allá recogida, puesto que miel es por sí mismo cualquier pensamiento eucarístico.

Instruyendo y deleitando, me he esforzado en ser de todos entendido, con la humilde esperanza de que mi pobre librito pueda llegar a ser, al menos para las almas sencillas, como un pequeño manual de ascética eucarís-

tica. El libro principal, en que he libado con predilección, es el libro del Señor, o sea, la Santa Biblia, cuya belleza y dulzuras son ciertamente inagotables. Con el fin de ser más útil y agradable, con frecuencia, en los capítulos he puesto algunos ejemplos, que tomo casi siempre de las vidas de los santos, siendo ellos los más perfectos y seguros modelos. Aún más, de intento y frecuentemente, confundo con el alma de los santos al alma eucarística; porque ¿pueden existir almas que hayan sido más eucarísticas que las almas de los santos? Y, por otra parte, ¿se puede ser santos, sin ser eucarísticos?

He dividido mi trabajo en tres partes, o mejor dicho, en tres pensamientos generales, como lo declara el título mismo de la portada. En la primera, hablaré del alma eucarística en sí misma considerada; en sus requisitos, en los varios grados de perfección, en su vida ordinaria; en su muerte, hasta el cielo... es la parte más larga, porque es la principal y más interesante. En la segunda, indicaré las reglas, por las cuales se puede conocer claramente a un alma eucarística: es la más breve, porque es la más fácil. En la tercera, finalmente, trataré de los medios que sirven para que un alma, con el auxilio de la divina gracia, pueda llegar a ser eucarística. A mi juicio, esta tercera parte es la más fructuosa, y, por tanto, la más útil y recomendable a los lectores.

Deseo que mi pobre librito haga un poco de bien a las almas, y lo deseo ardientemente; pero toca al Señor bendecir mis deseos. Por eso, pongo mi libro a los pies del altar, suplicando a Jesús que se digne admitirlo, y haga que sus páginas valgan, cuando menos, para encender el fuego de los incensarios que han de servir en su altar. Y con esto me contento.

Presentando las otras ediciones

Para que un libro pueda ejercer seguramente un apostolado, tiene necesidad de cierta presentación. Pues bien, esta presentación de mi librito ha sido hecha por los bue-

nos y amados Padres de la «Civiltà Cattolica», quienes, apenas salido a la luz pública, en el número del 20 de agosto de 1921, escribieron acerca de él una cariñosísima exposición. Creo útil ponerla aquí con la certeza de que, por una parte, manifestará el ánimo caritativo de quien la escribió y por otra, redundará en mayor gloria de Jesús Sacramentado, por cuyo amor fue escrita.

«No es este libro una colección de oraciones sobre el Santísimo Sacramento, como son tantos otros, sino un guía experto que nos indica el camino para aprender a orar, a vivir, sentir y crecer en la propia santificación, y también para aprender a trabajar en pro del prójimo en unión con Jesús Sacramentado; pues esta vida eucarística, compuesta de amor y de gracia para el hombre, debería ser el alma del alma cristiana. Quién es, cómo se conoce, cómo se forma el alma eucarística: he ahí las tres partes del piadosísimo volumen, en el que, a cada página, el ardor seráfico del autor se desborda en un lenguaje vivo, ardiente, de amor a Jesús Sacramentado, inflamando al lector, y envolviendo las consideraciones, amonestaciones, consejos, ejemplos, hechos, semejanzas, la historia de los santos y de las almas piadosas en una aureola de poesía y fervor eucarísticos. Ni el vuelo del autor desdeña la prática y el ruido del mundo, sino que, en medio de la vida ordinaria de todos los días, señala el camino para llegar a la meta, es decir, a aquella seriedad moral de conciencia, que, en el torbellino de los negocios domésticos y civiles, es el secreto del espíritu unido constantemente con Dios».

«Indicamos y aconsejamos este librito encantador a cuantos buscan instrucción y deleite en un manual de ascética eucarística y desean aprender el camino de la verdadera y ferviente devoción a Jesús Sacramentado».

Sea alabado Dios y su dulce Madre, nuestra Señora del Santísimo Sacramento.

NOTA DEL EDITOR

Queremos advertir aquí a los jóvenes lectores que, cuando se escribió este libro regían otras normas sobre el ayuno eucarístico. En aquellos tiempos, para poder comulgar, era preciso estar en ayunas, sin haber comido ni bebido absolutamente nada desde las doce de la noche anterior. Por este motivo las misas y las comuniones eran siempre por las mañanas. Así entenderán los jóvenes, cómo al hablar de la Misa y la Comunión, se supone que han de ser por la mañana y no por la tarde.

PRIMERA PARTE

QUIÉN ES EL ALMA EUCARÍSTICA

CAPÍTULO PRIMERO

QUE COSA ES LA VIDA EUCARISTICA

Para tratar dignamente cualquier tema eucarístico, sería menester la pluma de un ángel y el corazón de un serafín; pero, si esto nos fuese concedido, entonces la belleza del tratado podría atribuirse, no ya a la sublimidad intrínseca del tema, sino más bien a la misma habilidad y valor extrínseco de la pluma. Por tanto, mejor será tratar de las almas encarísticas sencillamente, así como lo sugiere el corazón, y al corazón lo dicta el Espíritu de Dios, puesto que aun nuestra impotencia glorifica al Señor, delante del cual el gorjeo de una alondra es como el himno de un ángel, y como la pluma de un águila, el ala de un gorrioncillo.

Así pues, como podré hacerlo, hablaré de Ti y de tus almas eucarísticas, ¡oh Jesús Sacramentado!, seguro de que en cada uno de los capítulos y en cada una de las páginas serás luz a mi mente, melodía en mis oídos, miel a mi boca y néctar a mi corazón. Y no podría ser de otra manera, asegurándome la Iglesia que

«Nil canitur suavius,
Nil auditur jucundius
Nil cogitatur dulcius,
Quam Jesus, Dei Filiu» (1).

(1) Himno del Santísimo Nombre de Jesús.

«Nada se oye que dé más regocijo,
Nada puede cantar la voz más suave,
Nada pensar más dulce el hombre sabe,
Que Jesús, amoroso de Dios Hijo».

Y en Jesús piensa, a Jesús ama, de Jesús gusta cualquier alma verdaderamente eucarística.

I. ¿Qué significa alma eucarística? Alma eucarística significa alma amante de la Eucaristía o de Jesús Sacramentado.

La vida eucarística, moralmente, considerada, como la consideramos aquí, quiere decir, en general, *enamoramiento* eucarístico, siendo propia de aquellas almas afortunadas, que viven en la tierra consagradas del todo a Jesús Sacramentado. O hablando con más precisión, la vida eucarística es *aquel movimiento interior, libre y sobrenatural, que impele habitualmente al alma justa hacia la santa Eucaristía, como a su alimento cotidiano, a su centro delicioso y a su santificación especial.* Explicaremos, una por una, las palabras de la definición.

Hemos dicho que la vida eucarística es:

a) *un movimiento interior,* porque cualquier acto vital es esencialmente un movimiento interno;

b) *libre,* porque es un acto voluntario y meritorio;

c) *sobrenatural,* porque se hace con el auxilio de la gracia divina;

d) *que impele,* porque la vida eucarística es vida de amor, y el amor importa esencialmente un peso o inclinación hacia el bien amado;

e) *habitualmente,* porque un acto solo, o actos aislados, no forman la vida, en cuyo concepto entra necesariamente la idea de hábito, es decir, de firmeza y estabilidad;

f) *al alma justa,* porque un alma pecadora, mientras viva en ese estado, es imposible que pueda ser alma eucarística;

g) *hacia la santa Eucaristía,* porque es propio de ella el objeto divino que especifica aquel movimiento e inclinación habitual del alma justa, la cual, por esto mismo, se llama eucarística;

h) *y la Eucaristía*, no considerada simplemente en sí misma, ya que todo cristiano debe aspirar a la Eucaristía como tal, sino considerada principalmente *como alimento cotidiano* del alma eucarística, que vive de la Eucaristía; *como centro delicioso*, porque vive sólo para la Eucaristía; y *como santificación especial*, porque la Eucaristía forma la fisonomía espiritual, o el carácter distintivo de la perfección del alma eucarística.

No sabremos decir si la definición, que acabamos de dar, agradará a todos; no obstante, esperamos que nadie desaprobará demos este sentido a la vida eucarística, moralmente onsiderada, y que en este sentido hablemos de ella en nuestro libro, invitando a los lectores a amarla y practicarla.

II. Por la definición que hemos dado, se ve claramente, que no todo culto a la Eucaristía es vida, ni toda alma devota del Santísimo Sacramento es alma eucarística. Mas cuando ese culto ha llegado a ser verdadero enamoramiento, esto es, una verdadera necesidad del corazón, sentida y favorecida, un deseo ardiente, una aspiración incesante, una atracción habitual, una especie, digámoslo así, de respiración, entonces sólo el culto a la Eucaristía es verdadera vida, y el alma verdaderamente eucarística.

Se comprende desde luego, que también en la vida eucarística se dan grados de perfección, y que en ello el superlativo no excluye el positivo, como después veremos. Sin embargo, cualquiera que sea su grado de perfección, se ha de tener como cierto, que cuando el amante puede decir a Jesús Sacramentado, con verdad, estas hermosas palabras de la *Imitación de Cristo: «Deus meus, amor meus, tu totus meus et ego totus tuus»*. Dios mío, amor mío, tú todo mío y yo todo tuyo» (1); o estas otras: «Tú solo eres mi manjar, mi amor, mi gozo, mi dulzura y todo mi bien» (2); entonces vive verdadera vida eucarística; entonces sólo es alma verdaderamente eucarística. En el amor, pues, habitual, ardiente, a Jesús Sacramentado está

(1) Lib. III, c. V: n. 5.
(2) Lib. IV, c. XVI, n. 2.

puesta toda la esencia de la vida eucarística; y esto nunca lo debemos olvidar.

III. Bastaría lo dicho hasta aquí para dar a entender los conceptos de vida y de alma eucarística; pero, con el fin de aclararlos mejor, añadiremos una semejanza.

Lo que la tierra es con respecto al sol, eso mismo es el alma eucarística con respecto a Jesús Sacramentado. Como sabemos, Jesús, en el Sacramento de su amor, es el sol de las almas eucarísticas, las cuales son sus planetas espirituales. La tierra vive por el sol, y toda su vida consiste en girar en rededor del mismo, que es su centro de atracción perpetua. Y girando en torno de él, recibe cinco grandes beneficios, a saber: luz, calor, vida, pureza, hermosura, en una palabra, todo lo que tiene de bueno, de bello y preciso. El místico planeta que gira alrededor de Jesús Sacramentado, es el alma eucarística, la cual hace consistir toda su vida en girar en torno del Santísimo Sacramento, su Sol divino, su centro, su todo. En torno de Él giran sus pensamientos, amores y ocupaciones; en torno de Él, las penas y las alegrías, los días y las noches, las horas y los momentos: todo se mueve suavísimamente alrededor de Él, sin que el alma llegue nunca a afanarse ni cansarse.

Pero no de manera que ni otros pensamientos ni amores entren en la mente y corazón eucarísticos. Pues así como en Belén, además de la Virgen Santísima y el Patriarca San José, fueron admitidos los pastores y los Magos, así también en un alma eucarística es admitido todo lo que es digno de Jesús; y es digno de Jesús todo lo que por Él es querido. Solamente en aquello no piensa el alma eucarística que es indigno de Jesús; eso es lo único que no ama, ni ejecuta, lo único que no permite gire consigo en torno del Santísimo Sacramento, lo único, en fin, que rechaza, como únicamente los profanadores del templo fueron arrojados de él por Jesucristo. Por consiguiente, en todo lo que es digno de Jesús, piensa el alma eucarística, lo ama y hace; mas ordenándolo todo a su Sol divino y haciéndolo constantemente girar con ella en torno de Jesús Sacramentado.

IV. Un día Santa Matilde mereció entender, en visión, cuál fuese el tenor de vida que hacía Santa Gertrudis. Vio, pues, a Jesucristo sentado en el medio, y a Gertrudis que giraba en rededor de Él. Con las manos trabajaba, sin volver nunca las espaldas a su Amado; su rostro lo tenía inmóvil, vuelto de continuo hacia la faz de Jesús, en torno del cual giraba y volvía a girar, trabajando siempre, sin pararse ni cansarse nunca.

La tierra que gira en torno del sol, es Gertrudis que da vueltas alrededor de Jesús; es cualquier alma eucarística que vive girando en torno del Santísimo Sacramento. Y así como lo que tiene la tierra, lo tiene por el sol; así también el alma eucarística todo lo que es y tiene, lo recibe de su hermosísimo Sol, que es Jesús Sacramentado.

Entre las plantas llaman nuestra atención *los girasoles*, que tienen siempre vuelta su corola hacia los rayos del sol. En el jardín espiritual *los verdaderos girasoles* son las almas eucarísticas, las cuales viven del Sol eucarístico. Y así como un ser cuanto está más cercano a su principio, tanto más participa de él; de la misma manera el alma eucarística, siendo la más expuesta y la más próxima al Sol eucarístico, es también por él la más beneficiada. En la Iglesia y en el mundo, las almas más iluminadas y resplandecientes son las almas eucarísticas, pero su luz les viene del Tabernáculo; ellas son las más robustas y lozanas, pero su fuerza la sacan toda del Tabernáculo; ellas, en fin, son las más hermosas y bellas, pero su esplendor no es más que un reflejo del Tabernáculo.

V. A cualquier alma virtuosa se le dice: *pulchra es*, eres hermosa; pero a sola el alma eucarística debe decírsele: *tota pulchra es*, eres toda hermosa. *Toda hermosa*, porque, siendo la más expuesta a los rayos divinos, es la espiga más llena y el racimo de uva más exquisito. *Toda hermosa*, porque es bella, santa y fragante con la belleza, la santidad y fragancia de la Eucaristía; porque en la frente del alma eucarística se retrata una calma divina; de sus ojos salen miradas suaves y dulces como las miradas del Nazareno; en su semblante apacible y sereno se refleja el esplendor del espíritu; son miel y leche sus pa-

labras, y sus labios sonríen siempre. Sí, aun cuando sufre y gime, sus labios se entreabren siempre en dulce sonrisa. *Toda hermosa*, porque su mente, habituada al pensamiento de Jesús, la tiene inclinada con dulzura hacia el lado del corazón, en donde reside el que es su amor, su amante, su amado; y todos sus razonamientos, costumbres, su compostura y porte, toda su persona, son fragancia de la Eucaristía.

Si Isaac la acercase a sí, le repetiría la bendición dada a su hijo Jacob, cuando dijo: «He aquí que el olor de mi hijo es como el olor de un campo bien florido y bendecido por el Señor» (1). Mas, de hecho, la acerca a sí Jesús Sacramentado, y, abrazándola tiernamente, le susurra al oído: «La fragancia de tus perfumes excede a todos los aromas; el olor de tus vestidos es como el olor de suavísimo incienso» (1). Y el Esposo celestial no miente ni exagera; porque las verdaderas almas eucarísticas, como Clara de Asís, Catalina de Sena, Teresa de Jesús, Magdalena de Pazzi, Verónica de Giuliani, Teresa del Niño Jesús; las verdaderas almas eucarísticas, como Pascual Bailón, Felipe Neri, Luis Gonzaga, Alfonso de Ligorio, el Cura de Ars, Pedro Julián Eymard, son aroma, son incienso, son flores de la Eucaristía. ¡Y son también transparencia de Jesús Sacramentado!

VI. He ahí por qué, si todas las almas buenas son amadas, las eucarísticas son amadas con predilección; si las almas buenas se buscan, las eucarísticas se sienten; aun entre los personajes evangélicos preferimos a los que fueron más íntimos con nuestro Señor, como el dulcísimo Patriarca San José.

Y si a los ojos del mundo, ignorante y maligno, el alma escogida, que pasa la vida revoloteando como abeja alrededor del Tabernáculo y girando como la tierra en torno del sol, parece un alma mezquina, una hermosura descolorida y afeada, ella puede, no obstante, muy bien repetir: «No reparéis en que soy morena; porque me ha ro-

(1) Gen. XXVII, 27.
(1) Cant. IV, 10-11.

bado el Sol eucarístico mi color» (2), siendo las almas de Jesús semejantes a las flores que, llevadas a la iglesia, se marchitan y mueren junto al amado Tabernáculo.

Basta lo dicho hasta aquí, para formarnos una idea exacta de lo que es la vida del alma eucarística; lo restante poco a poco iremos viéndolo.

VII. Pero ya, desde ahora, un grande temor se apodera de mí; ¿quién sabe si alguna alma, con la lectura de este libro, quedará más bien confusa que animada? ¿quién sabe si a alguna otra la vida eucarística le parecerá ardua y difícil, vida de pocos? ¿quién sabe si alguna llegará, por desgracia, a repetir las palabras de los habitantes de Cafarnaúm: *durus est hic sermo, et quis potest eum audire?* (1). Este lenguaje de la vida eucarística es demasiado elevado, y, por eso, es demasiado duro, ¿quién podrá entenderlo y mucho menos ponerlo en práctica?

Esto nos mueve a decir, antes de pasar adelante, algunas palabras de aliento para las almas tímidas o vacilantes, que leyeren este libro.

Es cierto, ante todas las cosas, que, sin una gracia particular de Dios, no se puede comenzar ni perseverar en la vida eucarística, vida sobrenatural y una de las formas más nobles, delicadas y perfectas de la santidad cristiana. También a las almas eucarísticas nuestro Señor repite lo que un día dijo a los Apóstoles. «No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo soy el que os he elegido a vosotros» (1). Es claro, pues, que la gracia es indispensable. Mas ¿cómo se puede dudar de que nos falte ésta para llegar a ser almas eucarísticas, cuando el mismo Jesús, que arde en deseos de nuestro amor y se lamenta de nuestra frialdad y falta de correspondencia, es quien nos invita a llegarnos a su mesa? Son tales las invitaciones de nuestro divino Salvador, que el piadoso autor de la *Imitación,* después de haber hecho mención de ellas, así comienza conmovido el cuarto libro, dedicado toda a

(2) Cant. I, 5.
(1) Jo. VI, 61.
(1) Jo. XV, 16.

la Eucaristía: «Cristo, verdad eterna, éstas son tus palabras, aunque no fueron pronunciadas en un tiempo, ni escritas en un mismo lugar. Y pues son palabras tuyas, fielmente y muy de grado las debo yo todas recibir. Tuyas son, tú las dijiste, y mías son también, pues las dijiste por mi salud. Muy de grado las recibo de tu boca, para que sean más estrechamente ingeridas en mi corazón» (2).

Ahora bien; el llamamiento de Jesús es una gracia, y es además prenda de todas las gracias necesarias para aquellas almas elegidas que quieren corresponder a ese llamamiento con todo el esfuerzo posible, y llegan a toda costa, a ser sus amantes y enamoradas. De donde se sigue que, si todas las almas cristianas no llegan a ser almas eucarísticas, no es porque les falte la gracia, sino porque les falta la buena voluntad; las dificultades no vienen de parte del invitante, sino por parte de los invitados, que no saben corresponder a los deseos amorosos de Jesús en su adorable Sacramento.

VIII. Según esto, nos parece que todas las dificultades para la vida eucarística se reducen a ésta: ¿tenéis un corazón?... ¿queréis hacer buen uso de él?... Pues, si lo tenéis y queréis hacer de él buen uso, todas las dificultades están resueltas; con la gracia de Dios, que no os faltará, y con vuestro corazón, podéis llegar a ser un alma, aún más, una grande alma eucarística. Las dificultades que pueden encontrarse en abrazar la vida eucarística; no son dificultades que debe resolver la inteligencia, sino el corazón. El que con el fuego del Espíritu Santo sabe amar, posee el secreto de la vida eucarística, ya que la Eucaristía es el amor hecho Sacramento. Por tanto, con la gracia de Dios basta saber amar para llegar a ser eucarístico. Sí, aquél que corresponde con más generosidad a los deseos del Corazón eucarístico de Jesús, merece más auxilios, adquiere un corazón más grande, sabe mejor amar sobrenaturalmente, y llegará con más facilidad a la verdadera vida eucarística. Y por eso, ¡oh! ¡cuántas viejecitas humildes y sencillas serán más agradables a Jesús

(2) Lib. IV, c. 1, s. 1.

Sacramentado que grandes teólogos! ¡cuántos discípulos serán más eucarísticos que sus maestros! ¡cuántas ovejitas, más que sus pastores!

Ni tampoco, para ser alma eucarística, es menester llegar a ser una Catalina de Sena o Teresa de Jesús. ¡Oh, no! vosotros, los que leéis estas líneas, podéis estar tranquilos. Catalina de Sena, Teresa de Jesús y las otras angelicales criaturas que veneramos sobre los altares, son las obras maestras de los modelos eucarísticos; mas las obras maestras no excluyen los buenos trabajos. Muy pocos monumentos de arte existirían, por cierto, si debieran valer sólo las obras maestras, las cuales, sabemos, son pocas precisamente porque son obras maestras; de la misma manera, entre los miembros del cuerpo humano, la cabeza es una sola, pero no por eso los otros miembros dejan de tener su valor. Aún más, una obra que, comparada con otra, queda muy inferior a ella, considerada en sí misma, puede ser verdaderamente una obra maestra. Así, por ejemplo, una violeta, una mariposa, que son una monada comparadas con un ángel, no dejan por eso de ser pequeñas obras maestras en sí mismas consideradas. Pues esto mismo acontece con las almas eucarísticas. Muy pocas serían, si, para serlo, debieran todas igualar a una Teresa de Jesús o a una Verónica de Giuliani. No, no es necesario; pues así como no hay Tabernáculo que no tenga su lámpara material, así tampoco hay Tabernáculo que no tenga su lámpara espiritual, Jesús tiene en todas partes sus almas.

IX. ¡Oh! y ¡cuántos corazones ardientes están cubiertos de humildes vestidos! ¡qué lámparas de oro no esconde el velo de monja o el hábito de religioso! ¡cuántos rincones de pobres casas en el mundo, o de retirados conventos; cuántos institutos, cuántos claustros y santuarios están perfumados de fragancias eucarísticas! Almas escogidas, desconocidas del mundo y de la misma Iglesia, conocidas solamente por Dios; almas que, sin tener éxtasis o carismas extraordinarios, viven también de la Eucaristía, como vivió Magdalena de Pazzi y Catalina de Sena, y estarían dispuestas a perder la vida, antes que perder

voluntariamente una sola comunión. ¡Son secretos que sabremos en el gran día del juicio, cuando será revelado todo misterio!

Por tanto, con la gracia de Dios, que nos previene, nos solicita y ayuda, basta tener corazón y saber amar, para llegar a ser almas eucarísticas. Y si nos faltasen todas las demás disposiciones, mucho mejor; la humildad supliría toda falta, según la hermosa expresión de Santa Magdalena Sofía Barat: «Si no puedo ser una grande santa, seré una grande humilde». No olvidemos que la humildad fue el secreto de los privilegios y de las grandezas de María; que un humilde artesano de Nazaret fue escogido por Padre putativo y Custodio de Jesucristo; y que no fueron los Reyes del Oriente, los Magos, sino los pobres y sencillos pastores los que primero fueron invitados a adorar al Niño-Dios en la cuna de Belén; y pobres pescadores que remendaban las redes, fueron los elegidos por compañeros del Salvador del mundo. Con un poquito, pues, de santa humildad y un corazón generoso, si se quiere, se llega pronto a ser almas eucarísticas.

X. Y hemos dicho *si se quiere,* como si dependiese solamente de nosotros. Sí, hemos dicho bien y no retiramos la palabra; depende de nosotros, no depende ya de Aquel que dijo: venid a mí *todos;* tomad y comed, *todos,* de mi cuerpo; tomad y bebed, *todos,* de mi sangre. *Ninguno* es excluido, *todos* son invitados. Escuchad, si no, el canto dulcísimo de la Iglesia: *O res mirabilis! manducat Dominum pauper, servus et humilis:* «¡Oh maravilla! recibe a su Señor el pobre, el siervo y el miserable». Además, desde el fondo de sus tabernáculos, a *todos* repite lo que recomendó a los Apóstoles en la última Cena: *Manete in dilectione mea:* «perseverad en mi amor» (1); por eso, ha querido permanecer sacramentado en *todas* las iglesias de *todo* el mundo. ¿A quién, pues, negará jamás la gracia de acercarse a Él, y de amarle y corresponderle, cuando de todos quiere ser recibido, y amado y correspondiendo? He aquí por qué decíamos que *depende de nosotros* y no de Él.

(1) Jo. XV, 9.

No os desaniméis, pues, oh almas deseosas de la divina Eucaristía; amad, amad siempre; amad mucho a Jesús Sacramentado, y pronto llegaréis a ser su corona y sus delicias. En el estado en que la Providencia os ha puesto; con los talentos, fuerzas y medios, de los cuales os es dado disponer, haced lo que podáis; notad bien estas palabras: haced lo que podáis, pero firmes y constantes, y llegaréis a ser pronto almas verdaderamente eucarísticas. Jesús lo merece, lo desea y a ello nos invita.

XI. ¿Quién más pobre y necesitada que la Beata Ana María Taigi? Obrera camarera, mujer de un camarero, madre de numerosa prole, obligada a alimentar a sus ancianos padres y además a su hija Sofía, que quedó viuda aun siendo muy joven, y a los hijos de ésta; cargada, pues, de numerosa familia, en que se necesitaba trabajar todos los días para ganar el pan cotidiano, ¿quién, repito, más pobre, más indigente que Ana María Taigi? Pero al mismo tiempo, ¿quién más que ella enamorada del Santísimo Sacramento del altar? ¿quién, más que ella, hambrienta de la Carne y sedienta de la Sangre del Salvador? Y ¿hubo siquiera un día, un día solo, en el que hubiese dejado voluntariamente la santa Comunión? ¿un día solo que no hubiese visitado a Jesús en sus adorables tabernáculos? Y en el amor al Sacramento, ¿no emuló ella, pobre calcetera romana, a las más excelsas vírgenes del claustro que ensalza la Iglesia? ¿no tuvo ella los mismos carismas eucarísticos que tuvieron las más elevadas almas eucarísticas?

Un día, en la iglesia de San Carlino, en las Cuatro Fontanas, la sagrada partícula, volando de las manos del celebrante, fue a posarse sobre sus labios. Otro día, en la iglesia de San Ignacio, un sacerdote poco pruednte se atrevió (acaso para probar su santidad) a darle la Comunión con una partícula no consagrada. Apenas la tragó, lo entendió la pobrecita y fue a desahogar la pena inmensa de su espíritu a los pies del confesor.

En otra ocasión, estando en la iglesia de Nuestra Señora de la Piedad, en la plaza de la Colonna, durante la primera República francesa, comenzó un movimiento de

revolución; todos salieron precipitadamente de la iglesia, incluso el sacristán, el cual, después de haberla llamado muchas veces en voz alta, viendo que no respondía, para terminar más pronto, cerró las puertas, dejándola dentro, y se marchó. Ana María estaba sumida en tan profunda contemplación delante de Jesús Sacramentado, que no advirtió en manera alguna aquel alboroto.

Atestiguan además testimonios dignísimos de fe, como el Cardenal Pedacini y Monseñor Natali, quienes la conocieron íntimamente, que apenas había comulgado, estando cerca de ella, se sentía que sus costillas rechinaban como si quisieran romperse, no pudiendo contener en el pecho las llamas del celeste ardor.Y a Jesús Sacramentado, que una vez la atraía con sus dulzuras, le dijo: «Marchad, Jesús, que soy una pobre madre de familia». ¡Cuánta santidad no resplandece en esta frase!

Si la Beata Ana María Taigi fue una grande alma eucarística, ¿quién, con la gracia de Dios, no podrá serlo igualmente? Cierto que no todos son llamados a los heroísmos eucarísticos, pero ¿quién no es llamado al amor eucarístico?

XII. Si hay una página del Santo Evangelio que merece ser bañada de lágrimas, es aquella en que se narra la escena sucedida en el gazofilacio, que era el lugar donde el pueblo echaba las limosnas para el templo. «Estando Jesús sentado frente al arca de las ofrendas, estaba mirando cómo la gente echaba dinero en ella, y muchos ricos echaban grandes cantidades. Vino también una viuda pobre, la cual metió dos pequeñas monedas, que hacen un cuadrante, y entonces, convocando a sus discípulos, les dijjo: En verdad os digo que esta pobre viuda ha echado más en el arca, que todos los otros. Por cuanto los demás han echado algo de lo que les sobraba; pero ésta ha dado de su misma pobreza, todo lo que tenía, todo su sustento» (1).

XIII. ¡Oh almas que esto leéis! Si también vosotras deseáis sinceramente pertenecer a la porción escogida de

(1) Mc. XII, 41-44. — El cuadrante valía un poco menos de dos céntimos.

las almas eucarísticas, imitad a la viuda del gazofilacio: dad a Jesús lo que tenéis; ofrecedle lo que podéis. Y eso que tenéis, y lo mejor que podéis ofrecerle, *es vuestro corazón:* echad esta moneda en el gazofilacio eucarístico. Jesús Sacramentado la recogerá y la conservará en su Corazón Santísimo, y dirá estas dulces palabras: «Esta alma, desde ahora en adelante, será mía; me ha dado todo lo que tenía, porque, dándome su corazón, toda ella se ha entregado a mí».

Si esto es así dejadme terminar este capítulo sobre la vida eucarística, fácil a todos, con las palabras de la Iglesia:

«Jesum omnes agnoscite,
amorem ejus poscite;
Jesum ardenter quarite,
quaerendo inardescite» (1),

Conoced a Jesús mortales todos,
y su amor implorad con prez ferviente;
y este amor en vosotros se acreciente,
buscándole anhelosos de mil modos,

Debemos todavía advertir que, aunque este enamoramiento práctico de la Eucaristía constituya la verdadera vida eucarística, sin embargo, supone ya en el alma algunas dotes indispensables, sin las cuales es absolutamente imposible esta vida. Y si bien hemos hecho de ello mención al explicar la definición, no obstante, es menester hablar de lo mismo con más claridad.

CAPÍTULO II

QUE REQUIERE LA VIDA EUCARISTICA

I. Siendo la vida eucarística eminentemente un estado de perfección, requiere en el alma tres disposiciones indispensables, a saber: pureza habitual de conciencia, ador-

(1) Himno del Santísimo Nombre de Jesús.

no de las virtudes cristianas y, sobre todo, amor; o para expresarlo con una sola palabra, la vida eucarística requiere que el alma sea un *Cenáculo espiritual*.

Antes de todo, la vida eucarística requiere en el alma *pureza habitual de conciencia*. ¡Cosa admirable! Aquel Dios que para nacer se contentó con una gruta, y para vivir, con un pobre taller de carpintero, para instituir más tarde el Santísimo Sacramento, no quiso grutas ni pobres talleres, sino un hermoso cenáculo.

Si toda la vida la empleásemos en meditar sobre la institución de la Eucaristía, una vida entera de largos años sería muy corta e insuficiente. Se llenan de lágrimas los ojos y cae la pluma de la mano, cuando se quiere hablar de la última cena de Jesús, como a los grandes artistas se les caía de las manos los pinceles siempre que intentaban dibujar el rostro del Nazareno en aquel momento sublime de su vida divina. Lo cierto es que el *Cenáculo* fue el principal de los preparativos, o como el lugar escogido en donde disponer lo necesario para la institución de la Eucaristía. Y hubo preparativos, como hubo un diseño y ejecutores del mismo. La elección para llevar a cabo la preparación de todo lo necesario, recayó sobre Pedro y Juan, el más amante y el más amado de los discípulos, símbolo de fe el primero, y de amor y pureza el segundo. La sala escogida era una espaciosa, limpia y bien adornada: y Pedro y Juan la prepararon en todo conforme lo había ordenado Jesús: «Y los discípulos hicieron lo que Jesús les ordenó, y prepararon lo necesario para la Pascua» (1).

II. Se ve claramente, que del mismo Corazón del Pontífice divino salieron los diseños de la preparación. Y estos diseños y la preparación misma, los había concebido Jesús en proporción al deseo grandísimo que le hacia exclamar: «Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de mi pasión» (2); había dispuesto la preparación en proporción a la obra maestra que iba a realizar, a la obra maestra de su amor, de aquel amor

(1) Mt. XXVI, 19.
(2) Lc. XXII, 15.

llevado hasta el exceso, que habría muy pronto de eclipsar sus amores de los treinta y tres años que vivió entre nosotros.

En el Dios del Cenáculo, ¿quién reconocerá ya al Dios del pesebre? Sin cenáculo, pues, sin la habitación espaciosa, limpia y bien adornada, no hay Eucaristía.

La figura de Jesús, en las diversas épocas de su vida mortal, está estrechamente relacionada con determinados lugares: Jesús Niño con Belén; el adolescente de Nazaret con la Santa Casa; el Transfigurado con el Tabor y el Crucificado con el Calvario. Mas el palacio real del Dios de la Eucaristía es el Cenáculo, el cual es la casa, el templo y el trono de Jesús Sacramentado. Y así como para hallar al Divino Infante es necesario emprender el camino de Belén, y el del Calvario para hallar a Jesús crucificado; de la misma manera, es indispensable que vaya a llamar a la puerta del Cenáculo el que quiera hallar a Jesús Sacramentado. Fuera de allí la Eucaristía no existe y es, por consiguiente, imposible encontrarla.

III. He aquí, pues, lo que presupone, en primer lugar, el enamoramiento de Jesús Sacramentado; que el alma sea *cenáculo espiritual*, es decir, mística estancia del Señor, pero limpia y hermoseada. Sin esto, sería necedad, por no decir otra cosa, esperar poder pertenecer al grupo escogido de las almas eucarísticas. A quien lo intentase Jesús le respondería como el rey del convite evangélico al invitado indigno: «¿Cómo has entrado tú aquí sin vestido de boda?» (1).

IV. El que ama el pecado mortal, ¿cómo podrá amar la Eucaristía? «El hombre animal, decía San Pablo, no puede gustar ni tampoco entender las cosas que son del espíritu» (2). De ahí la amonestación del divino Maestro: .No déis a los perros las cosas santas, ni echéis vuestras perlas a los cerdos» (3). Coged un puñado de monedas de oro y acercádselo a la boca de un jumento; lo olfateará, pero no lo comerá; en cambio, se holgará mucho con un

(1) Mt. XXII, 12.
(2) I Cor, II, 14.
(3) Mt. VII, 6.

puñado de cebada. Lo mismo acontece con cualquier alma, cuyo paladar esté mortalmente estragado por las pasiones y las culpas; bastaría esto para no poder gustar las dulzuras de la Eucaristía, que son todas dulzuras únicamente espirituales.

En verdad, que de semejantes almas fue figura el pueblo hebreo, el cual, mientras se mantuvo fiel al Señor, gustó con placer el maná del cielo; mas, cuando después llegó a ser un pueblo murmurador y rebelde, entonces perdió el gusto del maná elestial y salió de su boca aquel sacrílego lamento: «Nos provoca ya a náusea este manjar sin sustancia» (4). Entonces fue cuando los pérfidos hebreos se acordaron de las carnes de Egipto y lloraron su pérdida: *Quis dabit nobis ad vescendum carnes?* «¡Quién nos diera carne para comer!» (1). Y añadían: «Cuando estábamos sentados junto a las calderas llenas de carne» (2). ¡Desgraciados!... Y no se acordaban solamente de las carnes de Egipto, sino también de los pescados que de balde comían, y de los pepinos, y de los melones, y los puerros, y las cebollas y los ajos (3). Nos resistiríamos a crerlo, sino fuese Moisés mismo el testigo y narrador. ¡Oh, Dios mío! ¡en qué bajezas cae el alma, cuyo gusto se ha estragado, el alma que se ha hecho indigna e impotente para gustar las dulzuras del maná celestial! Pueblo infiel e ingrato, tenías razón de lamentarte y decir: «Seca está ya nuestra alma; nada ven nuestros ojos sino maná» (4).

Tal depravación es el pecado mortal: tal veneno son las pasiones, que llegan a causar náuseas del maná celestial y posponerle a las sandías, a los melones, a los puerros, a las cebollas y a los ajos de Egipto.

V. Detestar, pues, el pecado; huir de él con aborrecimiento y constancia, es la priera condición para que el alma pueda llegar a ser eucarística. Y a la verdad, suponer que aun mismo tiempo se puede llevar vida de pecado

(4) Núm. XXI, 5.
(1) Núm. XI, 4.
(2) Ex. XVI, 3.
(3) Núm. XI, 5.
(4) Ib. XI, 6.

y vida eucarística, es suponer lo imposible; o por mejor decir, el sólo suponerlo sería sacrílega temeridad. El Apóstol alza la voz y grita: «¿Qué compañía puede haber entre la luz y las tinieblas? O ¿qué concordia entre Cristo y Belial?» (1).

Todo santo y puro debe ser el que ha de recibir el cuerpo de Jesucristo; el cual, naciendo, quiso tener una Madre purísima e inmaculada, y muriendo, ser envuelto en una sábana limpia y sepultado en un sepulcro nuevo, en el que no había sido colocado ningún cadáver. No obstante esto, la Iglesia, en el *Te Deum,* hablando de la Encarnación, exclama admirada: *Non horruisti Virginis uterum:* «Oh Verbo eterno, no desdeñates el humanarte en el seno de una Virgen». Y sin embargo, la sábana limpia y el sepulcro nuevo los ha querido para envolver sólo su cadáver. Si tanta limpieza se requiere para Jesucristo muerto, ¿cuánta no se necesitará para Jesucristo vivo? Y si viéndole entrar en ciertas almas, limpias y purificadas, sin duda, en el momento de la Comunión, pero que antes habían estado convertidas en sábanas sucísimas, en fosas de pecados y osarios de pasiones, nos vemos forzados a admirar en silencio la bondad y caridad de nuestro Salvador; por otra parte, empero, sería un delito pretender, que la vida eucarística pueda resultar de la mezcla de comuniones y de pecados mortales; y que pueda ser eucarística el alma, que un día aloja a su Dios, y otro al diablo; hoy da a Jesús el beso de Magdalena, y mañana el de Judas. No, no; es horrible sólo el pensarlo, pero sería mucho más horrible el hacerlo. Solamente el *Cenáculo* es el lugar de la Eucaristía; y las almas que no son *cenáculos espiriutales,* es decir, justas y puras, no pueden ser verdaderas almas eucarísticas.

Oh alma, si quieres ser verdaderamente eucarística, en ti, como canta la Iglesia, *«recedant vetera, nova sint omnia: corda, voces, et opera»* (1): todo lo que es viejo se aleje; todo se renueve: los corazones, las palabras y las obras.

(1) 2 Cor. VI, 14-15.
(1) Himno de Maitines de la fiesta del *Corpus Christi.*

VI. *Nova sint omnia.* He ahí el segundo requisito para ser alma eucarística: *adorno de virtudes cristianas. Todo nuevo.* Así comprendo por qué Jesucristo con un prodigio de humildad se preparaba a un prodigio de amor, esto es, lavaba los pies a los Apóstoles antes de instituir el Sacramento del altar; ahora comprendo por qué el pobre San Pedro, conmovido, gritaba: «Señor, ¿Vos lavarme a mí los pies? Jamás me los lavaréis» (2).

¡Omnia, todo! Para ser el alma cenáculo completo, no basta, por tanto, que viva habitualmente en gracia de Dios; es menester que esté también adornada de santas virtudes. El primer Cenáculo no fue solamente una sala limpia, sino también adornada.

Ciertamente, una habitación vacía puede ser la más limpia, pero no la más hermosa; será también la más hermosa, cuando estando completamente limpia, llegue a estar la mejor adornada. La gracia santificante, sin duda alguna, purifica al alma quitando de ella todo lo que es indigno de Dios y dándole una belleza que pudiéramos decir general; la belleza que pudiéramos decir general; la belleza particular, diversa, gradual, la recibe de las virtudes, ya sean teologales, ya cardinales o morales. Son, pues, las virtudes las que completan el adorno del alma que se halla ya hermoseada por la gracia santificante. Ahora bien; es precisamente este aparejo de santas virtudes el que se requiere igualmente en un alma para que pueda ser eucarística.

La gracia santificante hace del alma el templo viviente de Dios; pero, para que un edificio sea templo de Dios, no bastan sólo los muros, ni son suficientes sólo las paredes desnudas y lisas; muchas otras cosas se necesitan para que un templo pueda ser, aunque nada más sea, una pobre casa del Señor. Un alma, con sólo la gracia santificante, sin el adorno de las virtudes cristianas; esto es, un alma de poca fe, de poca esperanza y de poca caridad; un alma sin fervor alguno, distraída, disipada y llena de tibieza; un alma, en fin, que huye de los pecados morta-

(2) Jo. XIII, 6, 8.

les, pero que comete toda suerte de pecados veniales, aún deliberados, será, sin duda, templo de Dios, porque llega todavía a conservar la gracia santificante; pero será un templo verdaderamente lúgubre, una iglesia vestida de luto, o mejor dicho, *una iglesia en el día de Viernes Santo.* Y el Viernes Santo es propiamente el único día que no es *eucarístico,* porque es el único día en que no se celebra la Santa Misa, ni se consagra la divina Eucaristía. Luego, si el Viernes Santo, entre los días del año, es el único día que no es eucarístico, ¿cómo queréis que sea eucarística un alma, sin el adorno de las virtudes, cuando es precisamente esta espiritual desnudez la que le hace semejante al Viernes Santo?

VII. Con sólo la gracia santificante, el alma será semejante a la Casa de Nazaret; mas no será nunca el Cenáculo de la Eucaristía; para que lo sea, debe estar no sólo purificada y limpia, sino también embellecida y adornada de las virtudes cristianas.

Y si en el capítulo anterior tuvimos palabras de aliento para las almas tímidas, que, por lo demás, son siempre las mejores, ahora no podemos dejar de recordar a los que comulgan diariamente, que también se les puede aplicar en sentido eucarístico la sentencia del divino Maestro: *Multi sant vocati, pauci vero electi* (1): son muchos los llamados al banquete eucarístico, pero ¿viven todos vida eucarística? Son muchos los sacerdotes que suben todos los días al altar del Señor, pero ¿suben todos siempre lo menos indignamente que sea posible? Cuántos religiosos y religiosas, cuántas vírgenes, cuántas almas, día tras día, reciben la Comunión; mas ¿cómo lo hacen? ¿con qué preparación y acción de gracias? y ¿qué fruto han sacado de años y años de comuniones? Recibir todos los días la Eucaristía y no alcanzar nunca la perfección eucarística, ¡qué pena, Dios mío, y qué contradicción!

VIII. También en sentido eucarístico se puede aplicar la parábola del sembrador, que salió a sembrar su simiente; y de ésta, un poco cayó sobre el camino, y fue

(1) Mt. XX, 16.

pisoteada y comida por las aves del cielo; otro poco cayó entre espinas y quedó sofocada; finalmente, otro poco cayó en buen terreno y dio fruto, dónde ciento por uno, dónde sesenta, y dónde treinta (1). Propiamente así sucede con el grano eucarístico, que son las santas comuniones: *¡Y cada uno puede aplicárselo a sí mismo!*

En estos tiempos, verdaderamente eucarísticos, hay muchas, muchísimas almas de sacerdotes y de legos, de religiosos y de seglares, de vírgenes y de casados, de las cuales se puede afirmar que sus comuniones caen «en un corazón bueno y perfecto, y dan fruto mediante la paciencia» (2); mas, por desgracia, no faltan tampoco de aquellos, de los cuales se puede repetir el lamento de Jeremías: «Sembraron trigo, y segaron espinas» (1). También las comuniones son trigo, trigo eucarístico, trigo de los escogidos; y sin embargo, también de las comuniones se pueden recoger espinas.

No hemos hecho esta reflexión para infundir desaliento en las almas y alejarlas de la mesa eucarística; todo lo contrario. Pues, si comulgando todos los días, somos tibios e imperfectos, ¿qué llegaríamos a ser si comulgásemos raramente? Y ¿qué sería de nosotros si dejásemos del todo la santa Comunión?

Comulguemos todos los días; mas hagámoslo con el temor y reverencia, y aún con el mismo fervor, con que los Santos se acercaban a la sagrada mesa.

IX. Pero la virtud más *indispensable*, y, por consiguiente, el adorno *más necesario* a los cenáculos espirituales es el *amor* a Dios.

San Juan Evangelista, en sus visiones, vio un día a un ángel que con una caña de oro medía la Jerusalén celeste (2). Ahora bien; para nosotros la *caña de oro* que mide la perfección de nuestras almas, que son las místicas Jerusalenes, es la caridad para con Dios; aquella virtud infundida por el Espíritu Santo, que excita nuestra voluntad a amar sobre todas las cosas a Dios, por sí mismo, y a

(1) Mt. XIII, 3-8.
(2) Lc. VIII, 15.
(1) Jer. XII, 13.

nuestro prójimo por amor de Dios; aquella virtud, en la cual consisten la esencia y los grados de la perfección cristiana; aquella virtud, en fin, que da vida, valor y mérito a todas las demás virtudes. Por consiguiente, la *caña de oro* con la que se debe medir la perfección de aquéllas, no es el número de las comuniones, sino el amor que tienen a Dios, esto es, el amor divino que llevan en sus corazones cuando comulgan, y el que ellas sacan de sus comuniones.

Cuántas almas, en verdad, impedidas muchas veces para comulgar, o por la enfermedad o por sus obligaciones, más resignadísimas al querer de Dios, son mucho mejores que tantas otras que comulgan tal vez todos los días y no alcanzan nunca la perfección. Por eso, cuántos santos ha habido, como Antonio Abad y Pablo el Ermitaño, que, no pudiendo comulgar muchas veces porque llevaban vida de anacoretas, sin embargo, fueron dechados de santidad. El alimentarse de la voluntad de Dios es más precioso y más necesario, que el alimentarse de la carne de Dios, pues ésta debe conducirnos suavemente a aquélla.

Hemos, pues, explicado los tres requisitos indispensables que presupone la vida eucarística: pureza de conciencia, adorno de santas virtudes y, especialmente, amor a Dios.

X. Es un punto de suma importancia este, oh almas eucarísticas. La divina Eucaristía no es el *fin,* sino medio para alcanzar la perfección cristiana, que consiste en la unión con Dios por medio del santo amor. Nada, empero, nos une tan íntimamente a Dios como la santa Eucaristía; ningún leño es tan bueno para encender el fuego del amor divino, como el *lignum vitae,* esto es, la carne y la sangre de Nuestro Señor. El amor eucarístico, por tanto, presupone el amor divino; cuanto en mayor grado se encuentre éste en el alma eucarística y más lo avive después aquél, tanto más perfecta será.

XI. No es menester tampoco recordar que los diversos grados de amor constituyen los diversos grados de

(2) Apoc. XXI, 15.

perfección; por lo cual, la perfección eucarística, en las almas que la poseen, presupone el amor divino y a él lleva; y tanto más seguramente, en cuanto que Jesús Sacramentado es, no sólo verdadero hombre, sino también verdadero Dios, y estando en Él el Padre y el Espíritu Santo, está toda la plenitud de la Divinidad. Por consiguiente, los amores divinos y los amores eucarísticos más fácilmente se producen, avaloran e inflaman mutuamente en sus santos ardores; de tal suerte, que los grados de los amores eucarísticos estarán siempre al nivel de la fuente, es decir, de los grados de los amores divinos.

XII. Hablemos, pues, ya de los diversos grados de perfección eucarística.

Nos parece que no estaríamos tan lejos de la verdad, si los redujésemos a tres principales, y, por tanto, a tres las principales categorías de las almas eucarísticas, a saber:

1.º los Discípulos eucarísticos;
2.º los Ciervos eucarísticos;
3.º las Magdalenas eucarísticas.

La vida de los primeros se puede expresar en estas palabras de los Hechos de los Apóstoles: «Perseveraban todos en la comunicación de la fracción del pan, es decir, en la recepción de la sagrada Comunión» (1). La de los segundos se halla descrita en el primer versículo del salmo XLI: «Como desea el ciervo las fuentes de aguas; así, oh Dios, clama por ti el alma mía». Toda la vida de los terceros está comprendida en el grito sublime del Apóstol San Pablo: «Yo vivo, o más bien no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí» (2). Y en este otro: «Mi vivir es Cristo» (3).

Tratemos de cada uno de ellos distinta y detenidamente.

(1) Act. II, 42.
(2) Gal. II, 20.
(3) Phil. I, 2.

Capítulo III

GRADOS DE PERFECCION EUCARISTICA

PRIMER GRADO

LOS DISCIPULOS EUCARISTICOS, O SEA, LA COMUNION DIARIA

I. ¡La santa Comunión!... Cuando se piensa en ella, la mente se ilumina; cuando por ella se suspira, el corazón se dilata; cuando se la nombra, se llena la boca de dulzuras inefables.

¡Oh santa Comunión! sin ti, me parece que la tierra hubiera sido un desierto sin agua, una ciudad sin pan, un hospital sin medicinas. Sin ti, ¿qué comparación hubiera habido entre la vida de mi cuerpo y la vida de mi alma? Aqué habría tenido el pan cotidiano a su placer; y mi alma, en cambio, estaría privada de su verdadera comida y de su verdadera bebida; aquél habría fácilmente encontrado fuerza para sus debilidades, remedio para sus enfermedades, bálsamo para sus heridas; y mi alma, por lo contrario, hubiera quedado desamparada del todo en sus necesidades, sin alivio, sin ayuda y sin consuelo alguno. La tierra habría tenido su sol bellísimo, y la Iglesia habría quedado sin sol que la iluminase; el paraíso terrenal habría poseído el árbol de la vida, y el paraíso de la gracia estaría privado de él. No, ¡oh santa Comunión! Tú eres nuestro paraíso en la tierra, y, por tanto, nuestro árbol de vida, agua, medicina y consuelo espiritual; eres luz y fuerza y alegría de las almas, pero especialmente eres el pan cotidiano transubstancial.

II. La Comunión diaria es la suerte más divina del linaje humano; es el mejor desquite del engaño con que la infame serpiente sedujo el ánimo incauto de Eva invi-

tándola a comer del fruto prohibido: «*Vos dii eritis*», le dijo: «comed, pues ciertamente que no moriréis, sino que, comiendo de este fruto, seréis como dioses». Ahora, especialmente en la Eucaristía, su engaño conviértese en realidad; porque, comulgando, llegamos en cierta manera a ser dioses, pues Dios mismo se hace alimento de nuestras almas.

En algún tiempo la Comunión diaria era el sueño *de sólo los santos;* hoy día puede serlo de todas las almas sin distinción alguna, y debe serlo de cualquier alma eucarística; pues ninguna puede merecer este título, si no es comulgando todos los días, *por lo menos, pudiéndolo hacer cómodamente.* Cuando se dice alma eucarística, quiere decirse alma de perfección; pero la verdadera perfección consiste en contentar los corazones de Dios y de la Iglesia. Son hijas escogidas, hijas de predilección, las almas eucarísticas; y en consecuencia, como tales, están obligadas a ser las más dóciles y obedientes. Ahora bien; un hijo de corazón noble y delicado no espera, para obedecer, los mandatos formales de sus padres, pues éstos son para los siervos y no para los hijos; tiene a honra un hijo el poder satisfacer los deseos del padre o de la madre, especialmente si son deseos santos y ardientes, y los padres buenos e irreprensibles.

Pues bien; hoy la Iglesia nuestra Madre ha hablado, y, en su deseo, ha expresado el ardiente anhelo de su divino Esposo, nuestro Señor Jesucristo; desean los dos que todos los fieles, a cualquier clase o condición que pertenezcan, reciban todos los días la sagrada Comunión. Será siempre inmortal el Decreto de la Sagrada Congregación del Concilio con fecha del 20 de diciembre de 1905, el cual manifiesta de una manera solemne este deseo ardentísimo de Jesús y de su Iglesia, y resuelve las dificultades, facilita los medios y, allana el camino. Y si las almas eucarísticas deben ser las más obedientes, ¿cómo podrán hacerse sordas, indiferentes e insensibles a las amorosas invitaciones de Jesús Sacramentado y a las instancias reiteradas de la Iglesia, que quería ver apagadas las ansias de su divino Esposo?

Es inútil, pues, toda excusa; hoy la Comunión cotidiana es como *el alfabeto* o la condición *sine qua non* de la vida eucarística, porque una de dos: o contentar al Corazón de Jesús y al de la Iglesia, o renunciar a la dicha de pertenecer a las almas que forman la corona y el gozo de Jesús Sacramentado.

III. ¡Oh! ¡sea por siempre bendita la memoria del dulcísimo e inmortal Papa Pío X! En los Anales de la Eucaristía el nombre del Venerado Pontífice quedará perpetuamente grabado con caracteres de oro. A tan grande Papa se debe el impulso de la era eucarística contemporánea, que alegra tanto a la Iglesia y tanto regocija al Corazón santísimo de Jesús Sacramentado.

Dos grandes cuestiones teológicas detenían aún incierto el movimiento eucarístico: 1.ª qué condiciones se requerían en concreto para recibir frecuentemente la santa Comunión, y especialmente para recibirla todos los días; y 2.ª a qué edad señalar la obligación precisa de la Primera Comunión.

El gran corazón del Pontífice de la Eucaristía zanjó de una vez para siempre las cuestiones, y con el citado Decreto del 20 de diciembre de 1905 redujo solamente a dos las disposiciones para poder comulgar aún diariamente, a saber: *el estado de gracia y la recta intención.* Después, con otro Decreto del 8 de agosto de 1910, desterrando viejos abusos y condenando inveteradas ocstumbres, estableció que la edad para la Primera Comunión debería ser cuando el niño llega a los años del discernimiento.

Rotos, pues, los lazos y desvanecidas las dudas, muchedumbres de almas, y aun de niños, comenzaron a acercarse a la Mesa del Señor. De treinta años a esta parte es una florescencia, una primavera, un verdadero resurgimiento eucarístico.

IV. Según esto, ¿qué excusas verdaderas podremos tener hoy día para permanecer alejados de la Comunión cotidiana? Aparte aquellas frívolas, procedentes de mala voluntad, todas las excusas pueden reducirse al *sentimiento de la propia indignidad;* y sin embargo, si hay una

razón que persuada al alma a comulgar diariamente, es, por cierto, *esta de la propia indignidad.* Porque soy enfermo, ¿por eso rehusaré el médico y la medicina? porque me reconozco necesitado, ¿rechazaré los socorros? y porque siento frío, ¿me alejaré del fuego? ¿Es acaso esto obrar con cordura? No está el mal en recibir la Comunión siendo *indignos;* el mal está en recibirla *indignamente.* Ni siquiera la Virgen Santísima hubiera sido digna de comulgar, aunque sólo fuese una vez en su vida. Él que es indigno hoy, lo será mañana, lo será por toda la vida; aún más, por toda la eternidad. Ciertamente sería la Eucaristía un Sacramento inútil y mucho mejor le hubiera sido a nuestro Señor no instituirlo si, al quedarse en él para darse en alimento a nuestras almas, hubiera tenido intención de admitir solamente a los que fuesen dignos. Mas el que lo ha instituido, es precisamente Aquél que ha formado al hombre; Él sabía mejor que nosotros que éramos miserables, y mejor que nosotros conocía nuestra indignidad; y si, a pesar de ella, ha establecido el Santísimo Sacramento y desea venir todos los días a nuestros corazones, quiere significarnos con esto que en nuestra indignidad debe pensar Él más que nosotros; quiere decirnos que así como un rey, deseando a toda costa albergarse en la choza de un pobre, o se contentará con aquella miserable vivienda tal como es, o bien pensará él mismo en hacerla amueblar convenientemente; de la misma manera nuestro divino Monarca, desde el momento que desea venir a hospedarse en nuestros corazones, y lo desea todos los días como nos lo asegura la Iglesia, quiere manifestarnos con esto que, o se contentará con nuestra pobreza, o bien cuidará Él de adornar nuestros pobres corazones.

Mas, como sería villanía la del pobre que rehusase hospedar a su rey, *sólo porque es pobre,* así sería también villanía espiritual y soberbia farisaica la del cristiano que no quisiera hospedar todos los días a su Monarca, que tan ardientemente lo desea, sólo por el motivo de su indignidad.

En el Corazón solo del Huésped divino es donde de-

bemos encontrar el secreto, la fuerza y aún los pretextos de nuestra preparación. Quien es indigno de recibir la Comunión todos los días, es indigno de recibirla una vez al año.

V. No obstante esto, ¿queremos de veras proveer a nuestra indignidad? Pues bien, recibamos *humildemente y como mejor podamos* la santa Comunión todos los días, y así cada día seremos más dignos de recibirla. Cada Comunión nos eleva, nos transforma y diviniza; y por tanto, la Comunión de hoy nos prepara mejor para la del día siguiente, así como la medicina de hoy nos dispone mejor para la salud de mañana. Mas, por la razón contraria, cuantas menos veces comulguemos, más indignos seremos de comulgar. Por esto decía muy bien aquella religiosa, de que habla San Alfonso: «Yo, porque me reconozco indigna, por eso mismo quisiera comulgar tres veces al día, ya que, comulgando con más frecuencia, tendría esperanza de hacerme menos indigna».

¿Podrá ser, pues, alma eucarística la que, como fundamento y base de su perfección, no ponga, por lo menos pudiéndolo hacer, la comunión diaria? Sí; verdadera alma eucarística es aquella que no considera jamás la Comunión *como una merced y premio a la misma virtud* (1); sino que la considera sólo y siempre como pan, alivio y medicina del espíritu; todos los días tiene necesidad, y todos los días, *como mejor puede,* recibe humildemente la santa Comunión. Hay que notar, sin embargo, que, aunque no tuviese necesidad alguna su espíritu, no obstante, se acercaría lo mismo todos los días a la sagrada mesa; porque además de las razones de sus necesidades espirituales, tiene otra más poderosa y apremiante, y es *el deseo de Jesús y de la Iglesia.* El alma eucarística recibiría no una, sino cien comuniones al día, con tal de dejar satisfechos los deseos amorosos del Corazón de su adorado Jesús y de la Santa Iglesia.

Sí, Jesús mío, me acercaré todos los días a tu mesa santísima, y todos los días como preparación te repetiré

(1) Palabras del citado Decreto.

las palabras dulcísimas del piadoso autor de la *Imitación:* «Señor, confiado de tu bondad y de tu gran misericordia, vengo enfermo al Salvador, hambriento y sediento a la fuente de la vida, pobre al Rey del cielo, siervo al Señor, criatura al Criador, desconsolado a mi piadoso consolador. Mas ¿dónde a mí tanto bien que tú vengas a mí? ¿Quién soy yo para que te me des a ti mismo? ¿Cómo osa el pecador parecer ante ti?... Y pues así te place, Señor, y así lo mandaste hacer, también me agrada a mí que tú lo hayas tenido por bien» (1).

VI. Deberían llegar también para el alma escogida de San Buenaventura los días de la prueba. De repente, un sentimiento excesivo de la propia indignidad se apodera de él, le desanima y le aleja de la mesa del Señor. ¡Qué lucha y qué agonía para un alma como la de san Buenaventura! Un día oía de lejos la Santa Misa, y, a juzgarle por su postura y sus lágrimas, se le habría tenido por un publicano y grandísimo pecador; su corazón languidecía y se consumía, pero había otro corazón que languidecía mucho más que el suyo: era éste el Corazón de Jesús Sacramentado. Y he aquí que, llegado el momento de la Comunión, una partícula se desprende de las manos del celebrante y va volando a posarse sobre los labios de Buenaventura. La prueba había terminado; la voluntad de Dios se había manifestado claramente; y desde aquel día en adelante no dejó ya nunca la santa Comunión.

VII. La Comunión diaria es, pues, el primer grado de la vida eucarística. Sin duda requiere sacrificios, especialmente para los pobres seglares precisados a vivir en medio del mundo moderno, no sólo corrompido y corruptor, sino también incrédulo y farisáico. Sacrificios, por cierto, requiere en tiempos de tanta indiferencia religiosa y de tanto respeto humano; sacrificios muy grandes supone, en medio de los cuidados domésticos, resistir a tantas dificultades, superar tantos impedimentos, vencer tantos obstáculos, encontrar asimismo tiempo y lograr todas las

(1) Lib. IV, c. II, s. 1.

mañanas recibir la Comunión, aún a costa de penas, persecuciones y luchas. Y después, como consecuencia, tener que evitar constantemente el pecado mortal, luchar contra las tentaciones, huir de los peligros, cumplir los propios deberes, ejercitarse en las virtudes cristianas, hacer todos los esfuerzos posibles para no profanar jamás el corazón, antes conservarlo habitualmente limpio y puro, para de esta manera no perder tan fácilmente la santa Comunión.

VIII. Con todo, en medio de tan buen trigo, hay siempre un poco de paja. Para santificarla más, el Señor permitirá de cuando en cuando que esta alma sienta el peso de la humana fragilidad y que, por consiguiente, cometa alguna falta, ceda a un movimiento de cólera, a una murmuración advertida, a una mirada no mortificada, a una antipatía no reprimida, a días de fastidio o de mal humor, a momentos de alegría excesiva, a distracciones inútiles y prolongadas, a pequeñas intemperancias, o a la vanidad y a mundanas complacencias, o a tantas y tantas otras ligeras infidelidades... Pero nada es pequeño ante los ojos purísimos del Dios que debe recibirse todas las mañanas en la santa Comunión.

Permitirá además el mismo piadoso Señor que las comuniones fervorosas de esta alma alternen con comuniones frías y lánguidas; que sus preparaciones sientan, ya el ardor de los bienaventurados, ya el fuego de las almas del Purgatorio, y sus acciones de gracias sean, ora lágrimas dulcísimas, ora plegarias fatigosas; unas veces estaría días enteros delante del Tabernáculo del amor, otras, en cambio, contará los cuartos de hora y hasta los minutos. Sin embargo, es siempre almaeucarística, porque es fiel a Jesús Sacramentado; todas las mañanas está allí, a la mesa del Señor: tibia o fervorosa, distraída o recogida, tranquila o turbada, no tiene valor para dejar la santa Comunión; quedaría un gran vacío en su corazón, y no sabría fácilmente resignarse a semejante privación.

Tampoco es de suponer que sea como una simple costumbre su Comunión cotidiana; ¡oh! ¡esto no, pobre alma! Así como come materialmente todos los días y no lo hace

por costumbre, sino siempre por verdadera necesidad; de la misma manera todas las mañanas, *por verdadera necesidad,* comulga; porque es la fuerza del amor eucarístico la que la lleva a Jesús; es la necesidad que tiene de Dios la que atrae su corazón; tiene verdadera hambre y sed de la divina Eucaristía. Ella comprende muy bien que alguna vez sus comuniones dejan algo que desear; que no son siempre tales cuales deberían ser; pero el dejarlas, ¿no sería peor? Si cae en imperfecciones comulgando todas las mañanas, ¿dónde llegaría si comulgase sólo raras veces? Por esto, cuanto más conoce su miseria y flaquezas, tantas más comuniones desearía recibir.

IX. Siente que tiene necesidad de comulgar diariamente, no porque sea sana o perfecta de espíritu, sino para llegar a serlo; para adquirir lo que le falta y no perder lo poco que tiene. Y esto poco que tiene, es lo que todas las mañanas ofrece a Jesús Sacramentado, contentándose con recibirlo siempre como medicina, ya que no puede recibirlo más dignamente como pan de los Angeles.

Para poner fin a lo dicho acerca de este primer grado eucarístico, hay que notar que los amores de esta alma se limitan, más o menos, a los afectos que acompañan, dentro de la iglesia, el acto de la Comunión. Saliendo después de ella sus ocupaciones le hacen perder un poco de vista a Jesús; no piensa en Él demasiado; pensará mañana cuando vuelva a Él nuevamente por la Comunión. Para no perder la cual y con el fin de hacerla lo mejor que pueda, suele con frecuencia purificarse en las aguas saludables de la santa confesión.

Mas, aunque no sepa resignarse a quedar un solo día sin el alimento divino, sin embargo, alguna rara vez le tocará quedar privada de él; y entonces una duda, un remordimiento, la aflige; ¿quién sabe si habrá hecho todos los esfuerzos posibles para no perder aquella Comunión? Tiene gran pena, pero ésta quizá no es tanta como la que habría tenido un alma eucarística más perfecta; especialmente como la que habría experimentado el corazón de un santo.

X. Caminando un día San Alfonso María de Ligorio por las vías de Nápoles, le sobrevino de repente un fuerte dolor de entrañas, que le impedía hasta el andar. Quiso su compañero llevarle a un próximo café para que se le pudiera suministrar algún remedio que aliviase algún tanto sus dolores; mas no era en el dolor de entrañas en lo que pensaba San Alfonso, sino en la Santa Misa, que todavía no había celebrado y que de ninguna manera quería dejar de celebrar. Por lo cual, respondió al piadoso compañero: «Carísimo hermano, andaría diez millas antes de perder la Santa Misa»; y fue de todo punto imposible persuadirle a que quebrantara el ayuno, hasta que poco a poco restablecido del dolor, pudo satisfacer su devoción.

San Alfonso hubiera caminado diez millas; mas otro santo, Lorenzo de Brindis, Capuchino, hallándose en medio de países herejes, hizo una vez cuarenta millas de camino a pie con el fin de llegar a una iglesia católica, para de esta manera, a la mañana siguiente poder celebrar la Santa Misa. ¡Oh! ¡cuántas almas eucarísticas no hubieran andado, ni siquiera en tren, aquellas cuarenta millas para no perder la Comunión! Pero ya se sabe: los santos son santos, y, hablando de ellos, es necesario usar otras reglas y otras medidas.

De la misma manera, Santa Teresa de Jesús, para llegarse a la Comunión, desafiaba las tempestades y se exponía a caer enferma; y a quien le recomendaba más prudencia, respondía: «Dejadme, dejadme comulgar; no puedo estar ya más tiempo sin Jesús».

En verdad, ¡qué no hicieron y sufrieron los santos para no perder nunca la Comunión! ¡cuántas enfermedades callaron o atenuaron; a cuántas ingeniosas astucias recurrieron para no exponerse a aquel peligro! Y en las enfermedades manifiestas, ¡cuánto suplicaron y cuántas lágrimas no derramaron para no ser privados de la Comunión! El día más largo para los santos era el Viernes Santo; por eso fue notado que en los últimos años de la vida de San Alfonso, no pudiendo ya celebrar, en dicho

día se le acrecentaba y subía varios grados la fiebre: tan vehemente era la pena que sentía por no poder comulgar.

XI. No fue así para Santa María Magdalena de Pazzi. Era aún novicia, cuando una mañana, preparándose para el banquete eucarístico, advierte que el padre capellán tarda en llegar; y lo que es peor, oye decir que no vendría y que las religiosas quedarían aquel día sin Comunión. Es menester ser Magdalena de Pazzi para comprender lo que su corazón sufrió con semejante noticia; si una flecha la hubiera traspasado de parte a parte, la habría herido menos de lo que la hirió tan triste noticia. Mientras tanto, la hora va pasando; ¿a qué esperar más? Las religiosas, una después de otra, se resignan y piensan en el desayuno. ¿El desayuno?... este pensamiento fue nuevo fuego añadido al que ardía ya en su corazón herido. ¡Oh Dios, comer!... y ¿si después viniese el Padre para la Comunión?... La maestra, sin embargo, le invita seriamente a tomar alguna cosa. Magdalena se excusa, ruega, pide con insistencia para que se la deje aguardar todavía un poco. Y en efecto, espera todavía un poco; mas luego la maestra se impone y Magdalena obedece; toma un pedacito de pan y lo traga de una vez como si tragase veneno. ¡Y verdaderamente veneno fue para ella aquel bocado de pan! Apenas lo había pasado, cuando he aquí que suena la campanilla anunciando la llegada del Padre y llamando a las religiosas para la Comunión.

Aun a mí, aunque pobre pecador, se me conmueve el alma al pensar lo que debió sentir entonces el corazón de aquel Serafín en carne humana. Lloró tanto, que la maestra, al verla llorar de aquella manera, prorrumpió también en llanto y le pidió perdón.

Oh almas eucarísticas, ved cómo los santos amaban la Comunión y la pena que sentían al tener, aún sin culpa, que dejarla.

XII. Por eso la misma Magdalena de Pazzi, cuando sabía que alguna de las religiosas había voluntariamente dejado de comulgar, sentía tal disgusto, que más de una vez se la vio llorar; y si podía, corría a buscar a la culpa-

ble y le mostraba el yerro en que había incurrido y el bien de que se había privado, dejando la santa Comunión.

Una mañana dos religiosas habían dejado de comulgar. Encontrándose Magdalena en aquel momento arrobada en éxtasis y habiéndolo entendido por luz interior, vuelve en sí, y corriendo en busca del Padre espiritual, que estaba para marchar, le ruega dé la Comunión a aquellas dos pobrecitas. Obtenido lo cual, entró de nuevo en éxtasis.

Otra vez vio en visión a una persona difunta que padecía en el Purgatorio por haber dejado, por negligencia, una Comunión. Por eso pedía ella con insistencia a Dios, que hiciese la gracia de mantener en su monasterio, hasta el fin del mundo, la frecuencia del Santísimo Sacramento, y que, con este fin, diese a sus religiosas Padres espirituales que mantuviesen o promoviesen el uso de la Comunón diaria. La Santa solía decir: «Yo quisiera primero morir, antes que dejar una sola Comunión que me haya sido concedida por la obediencia». ¡Expresión digna de un ángel!

XIII. *Expresión digna también de un ángel* aquella de Santa Catalina de Génova: «Oh Esposo mío muy amado, yo deseo de tal manera gozar de Vos, que me parece que, aun cuando estuviese muerta, resucitaría para recibiros en la Comunión».

Expresión no menos digna de un ángel aquella de Santa Margarita María de Alacoque: «Tengo tanto deseo de la santa Comunión que, aunque fuese necesario andar con los pies desnudos sobre un camino de fuego, sería una nada, comparado con la privación de un bien tan grande; porque no hay ninguna cosa que me ocasione tanta alegría como el alimentarme de este pan de amor».

Expresión igualmente digna de un ángel aquella de Santa Magdalena Sofía Barat cuando, hablando a sus religiosas, les decía: «Ah, mis buenas hijas, si comprendiésemos qué cosa sea el amor de Nuestro Señor, atravesaríamos un océano de fuego para poseerlo, es este amor el paraíso sobre la tierra!» Y otra vez: «¡Una Comunión,

una sola Comunión! ¿no es ella infinitamente más preciosa que todo el universo?»

Expresión finalmente digna de un ángel aquella de Santa María Magdalena Postel, la cual durante ochenta años seguidos recibió todos los días la santa Comunión (¡cerca de treinta mil comuniones!). Con acento inflamado, recomendándola a sus religiosas, les decía: «Hijas mías, no os privéis nunca de la santa Comunión. Si algún pecado os retuviese, tened suficiente humildad para pedir confesaros; pero por amor de Dios os suplico, que no os alejéis nunca de la sagrada mesa».

XIV. Sin embargo, las citadas almas eran ya claustrales, consagradas a Dios; en cambio, Santa María Micaela del Santísimo Sacramento vivía aún en el mundo, era todavía la nobilísima doncella Doña Dolores Micaela Desmaisiéres López de Dicastillo, vizcondesa de Jorbalán, y ya era un verdadero serafín de la Eucaristía. Así como más tarde, siendo religiosa, se llamó primero *Hermana* y después *Madre Sacramento,* así también, siendo aún seglar, habría podido muy bien llamarse *Señorita Sacramento,* de tal manera la Eucaristía era su luz, su pena, el aire que la hacía vivir y respirar.

Habiendo quedado huérfana y obligada por su altísima posición a acompañar al conde Diego, su hermano, embajador en las Cortes de Europa, y por tanto a tener parte en banquetes de gala, en teatros, tertulias, y en toda suerte de espectáculos, es increíble el heroísmo en que debía ejercitarse continuamente para conservarse ilesa en medio de aquellas llamas, y pura e inocente entre aquel fango dorado: y de esta suerte no perder nunca, ni siquiera un solo día, la santa Comunión. Yendo, por ejemplo, al teatro, además de ceñirse el cuerpo de cilicios, ahumaba las lentes del binóculo, por lo cual no veía nada y quedaba completamente a obscuras. Cuando eran representaciones inmorales, o simplemente equívocas, no sólo no asistía a ellas, sino que disuadía a los demás para que tampoco asistiesen. Ella misma hubo de escribir: «Supliqué al Señor que no me dejase ver nada cuando debía ir a bailes o espectáculos, para no ofenderle ni siquiera ve-

nialmente. Fui escuchada de tal manera, que volvía a casa sin haber perdido ni siquiera por un momento la presencia de Dios...» Parecerá imposible, pero los santos no mienten.

Cuando después, hacia el fin de 1848, tuvo que acompañar a su cuñada enferma que, en litera y a pequeñas jornadas, se vio precisada a volver de Bruselas a Madrid, Jesús habíale dicho: *Si tú no dejas de hacer lo posible para hallarme siempre, yo no te llegaré a faltar.* El viaje duró cuatro meses, en los uales casi todas las mañanas sucedía un doble milagro: de Micaela, para lograr a toda costa comulgar; y de Jesús, para darse a ella en la Comunión.

Más tarde, cuando ya era religiosa, el sacerdote Giménez aseguró que, cuando le alargaba la sagrada Partícula, debía retirar apresuradamente la mano, porque su aliento le abrasaba.

Ah, Dios mío, y ¿qué somos nosotros comparados con los santos?...

XV. Me parece, pues, que la Comunión diaria sea la base de la perfección eucarística.

Hoy especialmente, después que la Santa Iglesia ha manifestado sus maternales intenciones, no sé cómo pueda reputarse amante del Santísimo Sacramento el alma que, *pudiéndolo,* no se acerque a la sagrada mesa todos los días. Los buenos católicos que así lo hacen, merecen ciertamente el elogio hecho de los primeros cristianos, pudiéndose también decir de ellos: *«erant perseverantes in communicatione fractionis panis»:* «eran perseverantes en la comunicación de la fracción del pan eucarístico» (1).

(1) En este capítulo hemos hecho mención de los ejemplos de grandes santos, no como si ellos perteneciesen a esta sola primera categoría de almas eucarísticas, sino para que su ejemplo sirva de dulce reproche y, al mismo tiempo, de aliento a las almas eucarísticas de perfección ordinaria.

CAPÍTULO IV

SEGUNDO GRADO

LOS CIERVOS EUCARISTICOS

I. Meditando en las santas Escrituras, guiados de los Padres y de los sagrados intérpretes, hallamos que una de las criaturas más estimadas, escogidas por el Espíritu Santo para simbolizar virtudes grandes y delicadas, es cabalmente el ciervo. Creemos útil recoger aquí las ideas principales.

Antes de todo, en el Salmo XXVIII, 9, se afirma ser la voz del Señor la que llena de estremecimientos a los ciervos: «*vox Domini praeparantis cervos*». En el segundo libro de los Reyes, David canta: «Dios es el que me revistió de fortaleza: y allanó perfectamente mi camino. Hizo mis pies tan ligeros como los de los ciervos: *y al fin* me colocó en el lugar elevado en que me hallo» (1). El mismo pensamiento, y casi con la misma forma, repite en otro salmo (1). Ni menos hermosas y expresivas son las palabras con que el profeta Habacuc sella sus vaticinios: «Yo me regocijaré en el Señor, y saltaré de gozo en Dios Jesús mío. El Señor Dios es mi fortaleza; y él me dará pies como de ciervo: y el vencedor me conducirá a las alturas *de mi morada,* cantando yo himnos *en su alabanza*» (2). Además, en el capítulo II del Cantar de los Cantares, es el mismo Jesucristo comparado al ciervo; y un poco más abajo se lee: «Mi amado *es todo* para mí, y yo soy *toda* de mi amado; el cual apacienta su rebaño entre azucenas hasta que declina el día, y caen las sombras. Vuélvete *corriendo:* aseméjate, querido mío, a la corza y al cervatillo *que se crían* en los montes de Beter»

(1) Cap. XXII, 33-34.
(1) Ps. XVII, 33-34.
(2) Hab. III, 18-19.

(3). Ultimamente todas las almas amantes del Señor no se cansarán nunca de repetir aquel salmo suavísimo, que comienza con un gran suspiro de amor: «Como desea el ciervo las fuentes de aguas, así, oh Dios, clama por ti el alma mía» (4).

Ahora bien, poned en labios de un alma eucarística las expresiones de David, de Habacuc y de Salomón, pero que sean la expresión sincera de los sentimientos del corazón, y tenemos la segunda categoría de almas eucarísticas. Las primeras, de las cuales hemos hablado en el capítulo anterior, se dirigen con sus propios pasos hacia el Tabernáculo; las segundas, en cambio, con pies de ciervo; las primeras van a Jesús despacito; las segundas, de prisa; las primeras no se alejan de la llanura y de los valles, es decir, de una perfección ordinaria; las segundas alcanzan hasta las místicas alturas de la perfección. Aquéllas están simplemente deseosas de la divina Eucaristía; éstas están propiamente sedientas; a aquéllas Jesús dice solamente: *Venite ad me, et ego reficiam vos:* «Venid a mí, que yo os aliviaré» (1); a éstas añade: *Si quis silit, veniat ad me et bibat:* «Si alguno tiene sed, venga a mí y beba» (2). En suma, a la Comunión diaria, éstas añaden la agilidad de los ciervos.

II. ¡Almas afortunadas! serán quizá las discípulas de María de Nazaret; pertenecerán a aquellas pocas que, prevenidas de las bendiciones del cielo, han conservado intacto el tesoro de la inocencia y siempre blanca la vestidura bautismal, sin que ninguna mancha la haya deslucido, ni la carcoma roído, ni llama alguna abrasado. Crecieron en los años como las palmas del desierto, a cuya sombra ninguna serpiente osó nunca anidar; o como los lirios de los valles, en cuyo cáliz la malicia jamás llegó a depositar los tristes gérmenes del vicio. Educadas en medio del mundo, conocieron a tiempo su malicia, evitaron sus peligros, huyeron de sus insidias, vencieron sus

(3) Cant. II, 16-17.
(4) Ps. XLI, 2.
(1) Mt. XI, 28.
(2) Jo. VII, 37.

seducciones. Y cuando el mundo quería atraerlas con sus encantos sugestivos, gritaron con Inés de Roma: *Discede a me, pábulum mortis,* aléjate de mí, oh pasto de muerte; y al demonio, que les presentaba el pecado mortal como hermosa y agradable manzana, respondieron con el pequeño mártir Pelayo: *Tollere, putide canis,* quítate de en medio, inmunda bestia.

¡Almas afortunadas! ahora son las más ágiles, porque son las más inocentes: la inocencia es la suprema agilidad del espíritu cuando, sobre todo, son almas labradas con el doble buril del amor y del sacrificio; cuando el escultor divino las ha perfeccionado a golpes de cincel. Y el cincel es la santa Cruz.

III. ¡Almas afortunadas! serán por ventura las hermanas de María Magdalena. ¡Ay de mí!... hubo una hora, un momento de su vida, en el que prematuramente se abrieron sus corazones a un soplo profanador; cayeron las flores, se marchitaron los lirios, desapareció la inocencia... Las incautas hijas de Eva sonrieron a la serpiente, y la serpiente demasiado pronto las envenenó; sonrieron al mundo, y el mundo, primero las encantó, después las despreció, y por último las dejó. Entonces fue cuando sus ojos se abrieron y, al encontrarse con los del Salvador, cayeron delante de Él, arrebatadas de su amor, traspasadas de dolor y víctimas de penitencia.

La penitencia es hermana de la inocencia; por eso, si la inocencia es suprema agilidad del espíritu, también de penitencia, la cual es llamada bautismo, tiene sus alas; también la penitencia da grande agilidad al espíritu, especialmente cuando este bautismo de dolor es como un baño cotidiano, como un lavatorio perenne.

IV. Ved, pues, a estas almas agilísimas, o penitentes o inocentes; ved a estos ciervos sedientos, llenos de amor a la Eucaristía. Toda su vida es una inclinación al Tabernáculo, un suspiro por la Comunión, un deseo de Jesús Sacramentado.

Estas almas dichosísimas, al despertarse por la mañana, sienten susurrar a sus oídos: «Abreme, hermana mía,

amiga mía, paloma mía» (1). A la voz de Jesús que las despierta, saltan del lecho para abrir al Amado: «*surrexi, ut aperirem Dilecto meo*» (2); y comienza la jornada con una primera victoria sobre la pereza. ¡Dichoso el día que comienza con una primera victoria matutina!

Apenas levantadas, ofrecen a Dios el primer latido de su corazón y su primer suspiro. Después saludan con fervor a aquella partícula bendita que, encerrada en el copón, las aguarda. Si fueran libres, si sus deberes no las detuvieran, estas almas eucarísticas, apenas levantadas, correrían a la iglesia, volarían a Jesús; pero sus obligaciones las detienen, y ellas prefieren su cumplimiento; porque saben que el cumplir con los propios deberes es la mejor y más hermosa preparación para la santa Comunión.

Sin embargo, si las observáis, advertiréis que despachan todo con cierta presteza. No que se precipiten, esto no; pero tienen cierta prisa, cierta manía, cierta amable inquietud: *es la sed de Jesús*. Se apresuran, pues, despacito, dejando para después de volver de la iglesia aquello que se puede dejar; y si cualquier obstáculo imprevisto las retarda, sufren mucho internamente, pero quedan tranquilas, viendo en todo obstáculo la voluntad de Dios; en todo impedimento un engaño del divino amor.

Mas salen finalmente para ir a la iglesia. Si el decoro y la razón no las detuviesen, echarían a correr; van con gran prisa, como la Santísima Virgen cuando se llegó a la casa de Isabel. No obstante, en esta alma eucarística que se apresura para ir a la iglesia hay una cosa que corre de veras y que no puede detenerse: es el corazón. De la manera que Pedro y Juan, a la noticia de Jesús resucitado, partieron juntos del Cenáculo, pero Juan llegó primero que Pedro; así también el cuerpo y el corazón de esta alma sedienta salen juntos de casa para ir a la iglesia, pero el corazón llega antes que el cuerpo.

Llegada a la iglesia, se pone de rodillas al borde de la

(1) Cant. V, 2.
(2) Ib. V, 5.

fuente eucarística y grita al Señor, como Samsón: «*En siti morior*»: ¡Me muero de sed, oh Señor! (1). Y repite con David: «Como desea el ciervo las fuentes de aguas, así, oh Dios, clama por ti el alma mía». ¡Oh! ¡qué largos son para esta alma los momentos que retardan la Comunión! ¡qué pena siente si la Santa Misa no comienza pronto, si el sacerdote tarda y no sale todavía!... Mas ¡he aquí que viene ya el Señor! el arroyo se acerca, sus labios se aproximan, el agua eucarística cae en su corazón, y desciende y corre por su pecho. ¡Qué frescura de Paraíso!... sus potencias se recogen, sus ansias se calman... ¡Ha bebido al Señor, ha comido al Señor!... ¡oh portento!... ¡oh espanto!...

V. De Esaú, cuando vendió la primogenitura, fue dicho: «*comedit, bibit, et abiit*»: comió, bebió y marchóse (2). Cuán hermosas son estas tres palabras, aplicadas a nuestra alma eucarística: ha comido la Carne del Salvador, ha bebido su Sangre, está saciada, se le apagó la sed; no le resta ya más que marchar, salir de la iglesia y volver a sus trabajos y al cumplimiento de sus deberes. El alma eucarística, de la que hablamos, principia la acción de gracias en la iglesia para terminarla en casa; la comienza por la mañana para continuarla durante las horas del día y prolongarla hasta la noche. ¿Es un ciervo? pues así debe ser.

De los Libros Santos se desprende también ser propio de los ciervos el saltar. Dice Isaías: «Decid a los pusilánimes: Buen ánimo, y no temáis... Dios mismo en persona vendrá, y os salvará... Entoces el cojo saltará como el ciervo...» (1). Aún más: Jesucristo mismo en el Cantar de los Cantares es llamado: *caliens in montibus, transiliens colles:* «el que viene saltando por los montes y brincando por los collados» (2). Ahora bien, estas dos palabras dan cabalmente el carácter del alma eucarística, de la cual hablamos: su amor a Jesús es un amor *saliens et*

(1) Jdc. XV, 18.
(2) Gen. XXV, 34.
(1) Is. XXXV, 4-6.
(2) Cant. II, 8.

transiliens: va a saltos, a brincos. En su corazón lleva la fuente de la vida: en medio de sus ocupaciones, de sus fatigas y trabajos, la perderá de vista, mas no habitualmente; muchas veces se olvidará del Señor, y otras tantas se volverá a acordar de Él y andará saltando en su derredor con saltos del corazón, con suspiros y jaculatorias.

VI. De Santa Magdalena de Pazzi se lee en su vida que, cuando era pequeñita, los días que su madre había comulgado, con frecuencia, saltando durante el día encima de su regazo, le golpeaba el pecho y se ponía a escuchar, para ver si le respondía o qué hacía Jesús en el seno materno. Pues así hace también el alma verdaderamente eucarística, durante las horas del día, cuando tiene a Jesús en su corazón; y del tabernáculo de su pecho salta muchas veces con el deseo en torno de los Tabernáculos de las iglesias, y le adora desde lejos, y desde lejos le sonríe y hace la Comunión espiritual.

De cuando en cuando, si los deberes se lo permiten, retirándose a algún rincón de su casa, se encierra en su corazón y allí, o habla con Jesús, rogándole; o le escucha, leyendo devotamente algún libro espiritual. Después, *saliens et transiliens,* su espíritu da la vuelta por todo el mundo eucarístico, adorándole allí donde está más abandonado, donde es menos reverenciado, o donde desea ser más visitado. Hecho esto, vuelve de nuevo a sus fatigas, penas y sacrificios, los cuales recaman, adornan de flores y embellecen su vida...

¡Hasta que se pone el sol y llega la noche! Entonces sólo su acción de gracias termina y comienza su nueva preparación; siente otra vez la sed eucarística y comienza a contar de nuevo las horas que faltan para la sagrada Comunión. Ya se sabe: el reloj de un alma sedienta de Jesús va siempre despacio.

VII. ¡Oh, la sed que tenían los santos de la divina Eucaristía! Se lee también en la vida de Santa Magdalena de Pazzi que, durante el día, contaba muchas veces las horas que debían pasar hasta la Comunión; y llegado aquel dichoso momento, eran tan grandes sus ansias, que, debiendo comulgar las monjas por orden de ancianidad,

ella, sin advertirlo, partía entre las últimas de su puesto y llegaba de las primeras, y con frecuencia aún delante de la misma superiora.

Igualmente cierva eucarística fue desde pequeñita Santa Verónica de Giuliani. Tenía sólo tres años, y ardía ya en deseos de reibir la Comunión, de tal manera que, estando en la iglesia y viendo a los fieles acercarse a la sagrada mesa, era necesario sujetarla a viva fuerza para que no se fuese a comulgar con ellos. Cuando su madre recibió el santo Viático, se lanzó para coger la Hostia de las manos del sacerdote; y no habiéndolo logrado, saltó sobre el lecho y comenzó a besar su boca, diciéndole: «¡Oh qué olor! ¡qué olor! ¡qué hermosa cosa has recibido, mamá! ¡la quiero también yo, la quiero también yo!»

VIII. San Felipe Neri, aun estando enfermo, comulgaba sin falta todos los días, lo que entonces solía hacer de noche, dadas las doce. En los últimos años de su vida había obtenido del Papa la facultad de tener el Santísimo Sacramento en un pequeño oratorio próximo a su habitación con el fin de poder recibir más cómodamente la sagrada Comunión. Cuando por caulquier motivo los Padres no podían llevársela a la hora señalada, le era imposible dormir hasta tanto que no hubiese recibido al Señor. Una noche, estando gravemente enfermo y no habiéndole visto descansar ni siquiera un momento, pensaron en diferirle la Comunión hasta la mañana; pero fue vano intento. San Felipe, viendo que tardaban, dijo al Padre que le asistía: «Sabe, hijo mío, que no puedo reposar por el deseo que tengo del Santísimo Sacramento; tráemelo pronto, y te aseguro que después al instante me dormiré». Así fue efectivamente; apenas hubo comulgado, descansó tranquilamente y comenzó a mejorar. Otra noche, administrándole la Comunión el P. Antonio Gallonio, siendo éste un poco pesado y tardando algún tanto, «Antonio, gritó San Felipe, ¿todavía tienes a mi Señor en la mano? ¿por qué no me lo das? ¿por qué?... ¡dámelo! ¡dámelo!...»

IX. De la misma suerte San Alfonso María de Ligorio, entrado en años y no pudiendo ya celebrar el divino sacrificio, cuando tardaban en llevarle la Comunión, co-

menzaba a gritar: «¡Dadme a mi Jesús, dadme a mi Jesús!» Cuando su fiel sirviento Alejo, lo mejor que podía, lo llevaba al coro, aunque el Santo no pudiese articular bien las palabras, sin embargo, se le oía claramente exclamar: ¡Aquí está el Santísimo Sacramento; aquí se recibe la Comunión; no en todas partes está el Sacramento! ¡Oh! qué cosa más hermosa: dos lámparas arden siempre delante del divino Sacramento... Alejo, Alejo, ¿cuánto tiempo estaremos delante del Santísimo Sacramento? ¿cuándo vendremos a visitarlo de nuevo?»

En cierta oasión, no pudiendo acompañarle a la iglesia y exhortándole a que adorase al Señor desde su habitación, que estaba tan próxima a la iglesia, exclamó: «Sí, pero ¡no está en mi habitación el Santísimo Sacramento!» Otra vez que no le escuchaban por el mucho calor que hacía, exclamó también: «¡Ah! ¡mi Jesús no va buscando los lugares frescos!»

X. No inferior al de San Alfonso, fue el fervor eucarístico de su coetáneo e hijo espiritual San Gerardo Maiella, alma excelentemente eucarística, no bastante conocida aún de muchos.

Siendo todavía niño, Gerardo era ya un pequeño ciervo eucarístico. Prueba de ello es, que de ningún santo se lee (al menos que yo sepa) que haya hecho dos primeras comuniones como las hizo Gerardo Maiella: una por ministerio de los Angeles, y la otra por mano del sacerdote. Un día, cuando sólo contaba ocho años, estando en la iglesia y viendo comulgar a otros niños, movido de interior impulso, corrió también él a comulgar con ellos; pero fue prontamente alejado por los circunstantes. El angelito de Dios se puso a llorar, y fueron tantas sus lágrimas, que a la noche siguiente, para consolarlo, se le apareció el arcángel San Miguel y le dio la Comunión de su propia mano. A la mañana siguiente él mismo lo manifestó inocentemente; y después, al morir, en el último de sus días, se lo contó también a su confesor. Hecha así la primera Comunión, a la edad de ocho años, por manos de los Angeles; a la edad de diez, la recibió por primera vez de mano del sacerdote.

Del doble fuego, doble incendio. En efecto siendo todavía seglar, pedía la llave de la Catedral de Lacedonia al sacristán, que era pariente suyo, y pasaba las noches delante del Tabernáculo. En una de estas dichosas noches fue cuando Jesús, hablándole desde el Sagrario, le dijo: «¡Lo quillo!» A lo que él al punto respondió: «¡Y Vos sois más loco que yo, pues os habéis hecho prisionero por mi amor!» Ahora bien; si es ya loco de seglar, ¿qué será cuando sea religioso?

¡Oh almas eucarísticas, ved, pues, lo que son los santos!

XI. Ahora pasaremos a tratar de la tercera categoría de almas eucarísticas; mas, por ser las más dignas de Jesús Sacramentado, hablaremos de ellas un poco más largamente: primero, dándolas como una mirada general; después considerándolas bajo varios títulos, en particular. Al Dios del amor pido, no el poder hacerlo dignamente, pues sería esto demasiado, sino lo menos indignamente que sea posible.

CAPÍTULO V

TERCER GRADO

LAS MAGDALENAS EUCARISTICAS

I. No sin un grande temor entro en el místico santuario de aquellas almas bienaventuradas, cuya vida es Jesús Sacramentado: *«Mihi vivere Shristus est»;* y viven, no ya ellas, sino que Cristo Sacramentado es el que en ellas vive: *«Vivo ego, jam non ego; vivit pero in me Christus»*.

Hubo un momento solemne en la vida de la Magdalena, en el que mereció del divino Maestro aquel elogio que la hizo incomparable y envidiable a todos los santos, es decir, el elogio de haberse escogido la mejor parte: *«Optimam partem elegit sibi Maria»*. Lo óptimo no admite grados superiores. Pues bien, meditemos un poco sobre las

circunstancias en que mereció este elogio la Magdalena; y hallaremos exactamente representada en ella la figura y la suerte mejor y más escogida de las almas eucarísticas, de las cuales intentamos hablar en este capítulo, que por eso lo hemos titulado. «Las Magdalenas eucarísticas».

El arte cristiano se ha esforzado en pintarnos esta escena celestial, y la Magdalena ha sido dibujada sentada en tierra, arrobada suavemente en un éxtasis de amor, muda y silenciosa, arrebatada de la belleza y encantada de la dulzura de Cristo que habla (1). La Magdalena, pues, está: 1.º sentada; 2.º en un éxtasis de amor; 3.º con los ojos brillantes y fijos en el rostro adorable del Nazareno; 4.º muda y silenciosa; 5.º tranquila y serena.

II. 1.º *Amor estable y perenne.* — No es ya un simple ciervo que va saltando y corriendo; no se agita ya, ni se afana como Marta; mas esta alma eucarística ha llegado ya a un estado de calma divina, y, por eso, como la Magdalena, *está sentada.* El estar sentado importa un estado; místicamente requiere una quietud estable, firme y habitual. Por esto, de Cristo se dice que se sentó en la barca de Pedro, que es su Iglesia; y que está sentado en el cielo a la derecha de Dios Padre Todopoderoso. El descanso viene después de la fatiga; la tranquilidad después de la tempestad; la paz después de la guerra. Ahora bien; el alma eucarística, de la que hablamos, ha dominado todas las agitaciones, superado todas las tempestades y vencido en todas las guerras del espíritu; y ahora, como la Magdalena, está sentada a los pies de Cristo; y está así a sus divinos pies para agradarle y gozar de Él inefablemente.

Su amor está sentado, porque ha conseguido ya el pleno dominio de sí misma y la plena posesión de su amado Bien; porque ahora no va ya a saltos; no es ya variable, ni sufre oscilaciones de frío o de humedad, es decir, no padece ya más cambios de infidelidad, de ingratitud o de flaqueza. Sus variaciones son únicamente en los grados de mayor o menor fervor y en los misterios de gozo o de tristeza; pero siempre firmes, siempre abra-

(1) La escena es referida por San Lucas, cap. X, 38-42.

sada de amor, y por eso, espiritualmente está siempre sentada a los pies de su Maestro adorado.

El alma eucarística no ha llegado a este estado, humanamente angélico, de una vez, sino poco a poco, ayudada de Dios y de su buena voluntad; luchando y venciendo, rogando y sufriendo y, sobre todo, alimentándose todos los días del Pan de los fuertes; temerosa de sí misma y confiando en Dios; alegre en sus flaquezas y segura en Aquel que la conforta. Después de años y años de firmeza y de violencia, el amor eucarístico poco a poco la ha penetrado; y penetrándola, la ha purificado; y purificándola, la ha asimilado; y asimilándola, la ha transformado de tal manera, que ahora no es ya ella la que vive, sino es Cristo, su vida, el que en ella vive. Por eso, esta alma, como la Magdalena, está sentada y como en un éxtasis de amor.

III. 2.º — *Extasis del alma eucarística.* — ¡Oh Dios mío! si es tan dulce el llorar por Ti, ¡cuánto más dulce será gozar de Ti! El primer éxtasis del alma eucarística en la tierra es complacerse del Señor y en el Señor; desearle todo bien, gloria, y bendición; y querer agradarle siempre y perfectísimamente en todo. Después lo desea para sí, y canta con la Iglesia:

«Jesu, spes poenitentibus
Quam pius es petentibus!
Quam bonus te quaerentibus.
Sed quid invenientibus?» (1)

Oh esperanza, Jesús, del penitente,
si eres propicio al que tu amor implora,
y eres tan bueno al que te busca y añora,
¿qué serás con quien te halle complaciente?

Y el alma eucarística ha deseado siempre a Jesús, siempre ha corrido en busca suya; y finalmente lo ha hallado, pero para tener fuertemente al que es su único

(1) Himno de las primeras Vísperas del Smo. Nombre de Jesús.